

proponía al Congreso que se le concediese á esta hipótesis la honra de teoría científica. El debate fué acalorado. Monseñor Hulst, presidente de la sección, puso muy alta su prudencia, declarando que pedir á la Asamblea el dictamen común era traspasar los términos prefijados, y manifestó que aquella Asamblea distaba mucho de ser Concilio; pero que si únicamente se solicitaba el parecer de los miembros en particular, era notoria la diversidad de opiniones. De modo que este Congreso católico no vió cómo dar salida á las razones en contra, ni tuvo por conveniente formular una sentencia decretoria¹.

De lo dicho se colige que la hipótesis evolucionista es una batería muy inofensiva y de corto alcance para combatir la estabilidad de las sagradas Letras. Poco le importa al católico abrazarla ó desecharla. Por esta parte, ningún conflicto teme la Religión sacrosanta de la propagación de esta doctrina, aun puesto caso que fuese verdadera. Escritores hay que huelgan de encarecer su sublimidad, y aun asientan en sus libros que si hay hipótesis que enalteza y ponga en su punto los atributos de Dios, es la transformación de las especies. En ella ven campear con singular resplandor el poder, la sabiduría, la providencia del divino Artífice. Tal es la importancia que Darwin pretendía para su invento en el remate de su libro. Nosotros no nos atrevemos á tanto². ¡Ojalá los hechos que con nuestros ojos vemos no publicasen la falsedad de tan ponderada hermosura!

Si hubiese razones con que realzar el darwinico pensamiento... No las hay; la naturaleza toda con gritos, que de sus entrañas salen, clama hoy todo lo

contrario. ¿Las habrá mañana para llevar en palmas el triunfo del evolucionismo? Rechazar para en adelante á tierra ojos toda esperanza de victoria, no es razón; aplaudir sin reparo las victorias hasta hoy alcanzadas, no es cordura: las sagradas páginas ni autorizan ni condenan la evolución de las especies. El repetir tantas veces el Génesis «según su especie», no es avisar á los evolucionistas: es sólo indicar Moisés que en Dios está la causa principal del desenvolvimiento de los organismos; y por el mismo caso al poder y á la sabiduría de Dios han de reconocer todos los géneros, todas las especies, todos los individuos por primarios autores de su existencia y condición. Mas en qué grado haya concurrido el divino poder, si directa ó indirectamente, si por creaciones sucesivas, por vía de transformaciones, por única creación de gérmenes, por determinado número de parejas, por elevación de algunas especies, ni lo dijo Moisés, ni lo intentó decir, ni le hacía al caso significarlo. El día, pues, que la evolución sea preconizada verdad científica, no menguará un punto, seguramos estamos, antes resplandecerá con nuevo lustre, la sencillez y fecundidad de la palabra divina.

En resolución, creemos de suma importancia confutar el transformismo radical volviendo con brío por la acción de Dios en el reino organizado. Cuanto á la evolución moderada, dejada aparte la formación del hombre, no parece prudencia calificarla de absurda, ni tampoco pensamos que merezca estimación en el tribunal de la verdadera ciencia. Mientras aguardamos que la Iglesia santa tome la mano y hable por sí, quedemos cerrada la boca, respetando entrambas opiniones como igualmente probables, é igualmente desprovistas de razones demostrativas.



CAPÍTULO XXXVII.

EL INSTINTO DE LOS ANIMALES.

ARTÍCULO I.

Afin de los modernos en estudiar el instinto de los animales. — Propónese la cuestión. — Actos propios del instinto animal. — Habilidades de algunos: nidios, correrías, compañías, obras raras en orden á la conservación de la especie y del individuo.



El estudio de muchos naturalistas está puesto en acechar las industrias y los artificios de los animales, con el intento de examinar sus actos y deducir de ellos la condición de las potencias que los ejercitan. Lo mismo hacen con las plantas para de sus efectos concluir la índole de su vida y facultades. Pero con tal arte discurren, que comenzando por los seres imperfectos, no descubren en los más perfectos sino un progreso de la naturaleza, un grado de desenvolvimiento, una obra más artificiosa y acabada. Por este camino tratan de hacernos subir del mineral á la planta, de la planta al animal, del animal al hombre, pretendiendo de convencernos que el hombre es al animal, lo que el animal es á la planta, lo que la planta al mineral. ¡Desatinado discurso! Porque, como muy bien se lo echa en cara el acreditado Enrique July³, los naturalistas que así proceden presuponen lo que han de demostrar; por que no tratamos aquí de saber si los animales ejercitan estos ó

aquellos actos, sino cuál es la potencia que los determina y causa. ¿Y puede acaso la observación darnos noticia evidente de las potencias que en los animales obran? No por cierto: sólo el estudio psicológico del hombre y el conocimiento de nuestra propia experiencia, nos ayudan á rastrear por los actos las facultades de los brutos; no nos es dado venir en conocimiento cierto de las de una naturaleza inferior si no es comparando sus operaciones con las de una naturaleza superior ya conocida.

Mas con todo, es ya moda en nuestros tiempos hermanar al bruto con el hombre y hacerle partícipero de sus nobles prerrogativas. Hasta ahora los alumnos de Descartes negaban á las bestias aun las sensaciones: acometidos, arrollados, deshechos por briosos adversarios (quien más briosamente refutó sus argumentos fué el P. Gastón Pardies en su *Discurso sobre el conocimiento de las bestias*), entraron en la liza otros no menos terribles enemigos de la verdad, que, llevando camino contrario, concedieron á los brutos razón, conciencia, libertad. Así Hobbes les otorgó discernimiento, Locke, Cudworth y Moore comparación de ideas, Priestley principio espiritual, Dugald Stewart la facultad de recibir educación, Quatrefages religiosidad y reconocimiento, William Lawrence

¹ *Congrés scientifique*, 1889, t. II, p. 609.

² ALB. FAROES: *La vie et l'évolution des espèces*, 1888, p. 205.

³ REUSCH: *La Bible et la nature*, leçon XXXI.

⁴ *L'homme et l'animal*, 1877, intro.

discurso de razón, Smellie grado de inteligencia; pero quien con más porfía ha llevado adelante su tema de exaltar la dignidad de los animales ha sido en estos últimos años M. N. Joly, poniendo sobre las nubes su entendimiento y su discurso. Llama en su apoyo á Cuvier, que los asimilaba á los niños y ponía grados sin número entre los más viles y los más perfectos, y á Claudio Bernard, que daba á las bestias inteligencia consciente, y razonable y libre al hombre; en cuyos testimonios fundado, se cree vencedor y triunfador. Encastillado en esta fortaleza, defiende con tesón el instinto de los brutos como obra del entendimiento de que el cielo los dotó; y sácalos de su pluma espejos de cordura, dechados de discreción, flor y nata de todas las inteligencias. Como en estos últimos tiempos semejantes ideas han cuñado más de lo que fuera menester, y siendo el instinto animal uno de los artificios más admirables que acreditan la sabiduría infinita, bondad y poder del Criador, y una de las obras más primorosas que en la fundación del reino animal sobresale, creemos no será fuera de propósito tratar aquí principalmente dos casos: primera, cuáles son los actos más comunes que descubren el instinto animal; segunda, en qué consiste esta rara habilidad.

Á todos los animales armó la divina Providencia de instrumentos aptos para conservación propia y de la propia especie; y conforme habían de ser sus necesidades y gustos, á ese paso los proveyó de facultades con que subsistir y medrar. No viven de los mismos granos todas las aves; cada planta tiene su especie animal que con ella huela y de ella se sustenta; cada especie posee sus inclinaciones y aptitudes, y todas las propiedades de cada

organismo tienden al fin especial, que es la vida y conservación del animal. Los animales más ligeros gozan de larga vista; los más medrosos poseen mejor oído; de los ruminantes, el ciervo, de oído fino y olfato delicado, tiene la vista muy debil; la gacela posee muy desarrollados los tres sentidos; el avestruz, con ser estúpido volátil, es de vista agudísima; á la lechuga se le concedió oído finísimo, pero vista sumamente corta. Así, conforme sea la condición del animal, son los sentidos que le adornan; el tímido, el prudente, el osado, el fiero, el astuto, el manso, están provistos de sentidos á propósito para atender á las necesidades de la vida; aun la organización indica las habilidades de cada uno y anuncia los caracteres instintivos de la especie; todo, en fin, lo que en ellos hay, sensaciones, necesidades, industrias, órganos, inclinaciones, todo lo que nace de su organización, concurre á formar en ellos el prodigio del instinto; todo obedece á una singularísima providencia. Llevados de esta poderosa fuerza, ejecutan acciones de que no se dan ellos cuenta ninguna.

¿Qué trazas tan admirables no usan para la conservación de la especie y del individuo! ¿Con qué tiento se alimentan unos de vegetales, otros de solos animales; unos comen hojas ó frutos de una planta, desechando los de otra cualquiera; otros, siendo carnívoros en estado de larvas, después de crecer se tornan fitívoros: ¿quién los adiestró á una tan constante y singular vivienda? ¿Qué diré del artificio que usan para cazar? La hormiga-león, que de insectos se sustenta, en parajes arenosos hace en el suelo un hoyo en forma de embudo de superficie muy lisa, y escondiéndose en el centro, espera que un insecto venga á caer en las paredes del cono y resba-

la hasta el fondo; sale de repente de su emboscada el enemigo, ase del insecto con presteza y le chupa el licor vital. Si por ventura el insecto le hurta el cuerpo, por ser la hormiga-león pesada en sus movimientos, arroja al que huye granos de arena, con que le embaraza los pasos, y da con él otra vez en el hoyo. Para trazar su embudo invertido, tantea primero el terreno, describe una circunferencia perfectísima, y á la parte interna cava con los pies la arena, la toma á cuestras, y sacudiéndose de presto échala lejos del círculo; si encuentra en la obra con piedrezuelas, las deja, y acabada la construcción, cárgalas en la cabeza y las arroja de su armadajo; si se le desmorona la fábrica por la caída de algún insecto, restaura prontamente el daño. ¿Qué más hiciera quien piensa y raciocina?

No son menos ingeniosas las trampas de ciertas arañas para prender moscas: en aquellos hilos delgadísimos envuelven á los animalejos sin darles lugar á defensa. El ardid que usa el pez arquero del Ganges para coger insectos consiste en disparar gotas de agua con tanta destreza sobre los que ve montados en las yerbas acuáticas, que los derriba y ceba en ellos su crueldad; pocos son los que se le escapan. La habilidad de otros en proveerse de mantenimiento para lo por venir es rara y maravillosa. La ardilla recoge en verano almendras, bellotas, avellanas en huecos de árboles; y en invierno acude á su despensa á satisfacer el hambre, guardando los relieves para otra ocasión. Más singular es el instinto de un roedor de la Siberia; después de tronchar en la otoñada las yerbas más recias de los prados, pónelas á secar al sol, júntalas en haces, y las esconde en alfolles subterráneos, visitándolas á tiempo, para que en el invierno estén mejor sazonadas.

Notable es particularmente la indus-

tria de los animales en la fábrica de sus nidos y madrigueras. El gusano de la seda, de los hilos que de su cuerpo segrega hace aquel capullo con que se envuelve para transformarse en linda mariposa. Una suerte de ratón habita en las tierras del Norte que en su morada, que edifica debajo de tierra, abre un agujero inclinado para echar fuera los desperdicios, y otro vertical para entrar y salir: ambos comunican entre sí por escondrijos circulares; en el uno mora el roedor, y los otros sirven de despensas. Araña hay, como la Migala, que en tierra arcillosa ahonda un pozo cilíndrico de ocho á diez centímetros, revoca y encala las paredes con una suerte de mortero firme; fabrica después con pellas de tierra mezcladas con hilos una tapadera muy ajustada al agujero de entrada: ésta se abre para afuera, con su gozne también de hilacha, con tal arte, que la puerta vista de lejos no parece sino parte del suelo, pero en su cara interna tiene agujeritos que sirven al insecto de asideros para asegurar la posesión de su nido, si por ventura algún enemigo pretendiese entrar á saco la vivienda. Las orugas enrollan hojas atándolas con briznitas, y haciendo saquitos se encarcelan en ellos para metamorfosearse á mansalva. Otros insectos, en telas, libros, paredes, techos, vigas, hallan materia con que hacer casa tan proporcionada y conforme con sus necesidades cual pudiera el artífice más ingenioso. Los invernantes, como la marmota, que pasan el frío amodorrados y sin rebullirse, á boca de invierno, como anteviendo el largo trecho que han de dormir, cierran la entrada del nido y descansan seguros en su letrago.

Si tratamos ahora de la solicitud que tienen ciertos animales en escoger paraje acomodado para que los pequeños tengan á mano, luego en haciendo, el conveniente sustento, es

1 *Revue scientifique*, 1876, p. 42.

2 *BREHM: La vie des animaux.*

cosa para alabar á Dios cómo hay insectos que sin experiencia y aun sin ver nacer su prole, ponen los huevecillos en materias que sirvan luego á las larvas de alimento proporcionado; así obran las necróforas de nuestros campos; y las pompilas, suerte de avispas que viven de vegetales, aparejan para sus crías comida animal, que es la que las mantiene en estado de larvas. Pero la construcción de nidos es sobremanera curiosa. Cada bestezuela tiene el suyo; quién en tierra, quién en alto, quién en mechinales, quién al aire libre; de forma redonda, cónica, cilíndrica, prismática, siempre acomodados al número de hijuelos; y hácenle de plumitas ó pajitas blandas y brozas á propósito para la terneza de las crías. La baya, avecilla de la India, labra su casita en forma de redoma, colgándola en una rama delgada boca abajo, para que ningún animal dañino pueda saltarla. De igual sagacidad usa el papagayo contra los asaltos de la serpiente. Otro pajarito, silvia sutoria, con algodón, que hila con patas y pico, hilvana varias hojas largas y asienta en ellas su habitación. Ni es menos admirable el sicólope, abeja grande de alas moradas, que á lo largo de los troncos abre surcos ovalados en dirección oblicua, y después, con el serrín de la obra, levanta celdillas en que depositar los huevos, cuidando de amontonar junto á ellos cantidad de polen para cebo de sus larvas.

Los gorriones, que llaman republicanos, de África, levantan una doble techumbre con sus casitas ajustadas al número de ellos, en el tronco de un árbol, en figura de banasta, que rodee todo el tronco. Las avispas para sus nidos cortan con sus mandíbulas pedacitos de madera seca, amásanlos con su humor, y así construyen cuartos de celdillas exagonales, disponiéndolos paralelamente y distantes entre

sí, separados por columnitas, y plantan en el hueco de un árbol ó en tierra este lindo y portentoso palacio.

¿Qué pensamos ahora de las correas que hacen los animales para mirar por la conservación de la casta cuando ha crecido, y abastecerla de mantenimiento? Ora sea el frío ó el calor, ora el hambre ó sed quien los apresura á buscar climas acondicionados á su necesidad, ello es que sin preceder alteración atmosférica júntanse en un abrir y cerrar de ojos en tropas, y emprenden desmedrosos sus viajes al país que les conviene. Los monos, apretados del hambre, saltan de rama en rama, yendo juntos un sinnúmero de ellos en busca de frutas dondequiera que las encuentren: taldado que han un campo, cargadas las madres con sus pequeños, con grande bullicio corren á devastar otro país. Hay á orillas del mar glacial una casta de ratones que, formados en hilera, sin ser parte para no seguir línea recta los obstáculos que sobrevienen, salen á merodear de noche muchos en número, y consumen campiñas enteras, royendo la yerba y aun arrancando de cuajo las plantas para comerse las semillas; con que son, cuando esto hacen, que es cada diez años, un verdadero azote á los pueblos de Laponia y Noruega. Otra especie de ratas andan en la isla de Kamtchatka, que emigran al Occidente en primavera, y hechas á centenares las leguas de camino, se restituyen á su tierra en tan crecida muchedumbre, que una columna de ellas tarda largas dos horas en desfilarse en presencia de los moradores, los cuales festejan su llegada como día de regocijo, porque las fieras mayores que á los ratones persiguen les son á ellos lance de preciosa cacería.

También los ciervos del Cabo de Buena Esperanza y de la América Septentrional, en llegando la primavera y el otoño, se huyen á lugares lejanos,

yendo en innumerables tropas. En particular las aves, pasan á bandadas de Europa á África, y vuelven luego con la misma puntualidad que si tuvieran contados los días. Ejemplo admirable son las golondrinas, que después de mostrarse á primeros de Abril en nuestras comarcas, antes de cerrar el invierno se despiden, y juntándose en las costas del Mediterráneo, al mejor tiempo alzan el vuelo, y hacen su travesía en grandes ejércitos. Viajan por mar de un cabo á otro salmomes, langostas, arenques y otros infinitos peces. Cielos, tierra y mar están poblados de seres vagabundos, sin solar fijo, que, por conservar la vida y la de su especie, dejan hogar y tierra en busca de otro país. No puede darse testimonio más claro de la divina Providencia que asiste á cada especie, imprimiendo en ella la marca de su particular instinto.

Célebres son las compañías que por temporada se reúnen para sus comunes intentos. Lobos, hienas, palomas, cuervos, peces, insectos, se mancomunan para cazar, talar, asolar vegas, y también para holgar y tomar placer juntamente. Las palomas torcaces llenan con su muchedumbre un kilómetro de ancho y doce en largo; las langostas en legiones sin cuento hacen riza en arboledas y sembrados; los arenques forman bancos de centenares de pies de grueso en extensión de muchas leguas; los loritos del Cabo de Buena Esperanza se convocan á departir con incomparable confusión de voces, y después de bañarse, dan saltos de placer, y revuelan por los árboles con increíble contento.

Donde más claro se ve el instinto de los animales, es en las juntas que hacen muchos para trabajar en común. Los castores júntanse á docenas, en Julio y Agosto, á orillas de un lago, á construir sus cabañas; en Septiembre las proveen de sustento, y después se

entregan al doméstico solaz. Sobre una estacada que hacen dentro del agua, junto al lago, con ramaje y barro, edifican sus madrigueras, casi ovaladas, de hasta dos metros en ancho, con singular destreza y primor. De dos piezas consta el edificio: la una sirve de almacén ó despensa, donde guardan cortezas de árbol y retama tierna, que es su alimento más apetecido; la otra contiene gran número de chozuelas, donde habitan las parejas con mucho orden y comodidad, estando las casillas de tal manera dispuestas, que tengan dos salidas, una para ir á tierra, otra para echarse al agua.

Esto acontece en los lagos que conservan las aguas en un constante nivel. En los ríos, en que la corriente sube y baja, á fin de no recibir molestia de tantas idas y venidas, construyen un parapeto que mantenga el agua á la misma altura. Escogen en la orilla paraje de poca profundidad, y allí, cortados y aliñados con sus finísimos dientes troncos de árbol de igual longitud y de vario grosor, los clavan verticalmente en el suelo, y enlázalos con ramaje, llenando los huecos con lodo que con sus pies y cola amasan, y enluciendo la obra por de fuera lindísimamente. La estacada así contruida con estos palos, viene á formar pendiente, de base ancha hasta cuatro metros, y mucho más delgada en la parte superior; y hácenla tan sólida y bien construida, cual conviene para impedir el paso del agua, sostener su peso y romper la violencia de la corriente. En lo alto de este dique abren dos ó tres boquerones, estrechándolos ó ensanchándolos según que el río crezca ó mengüe. Al lado del dique hacen después sus casillas, como va dicho. Es muy admirable esta habilidad de los castores.

Las abejas, empero, hacen señaladísima ventaja, en la vida común que tienen, al resto de los animales. Cada

enjambre consta de diez á treinta mil obreras, de seis á ochocientos machos, y de una sola hembra principal, llamada reina ó abeja maesa, que es la única fecunda, deposita sus huevecillos en las casillas exagonales labradas por las obreras. De éstas, las unas entienden en el cuidado de acarrear víveres y materiales para la construcción de las celdas, y las otras tienen á su cargo las crías y el manejo de la colmena. Las obreras son las diputadas á salir al campo: escóndense dentro del cáliz de las flores, les roban el polen, y sacudiendo luego los arpados piecillos, hacen bolitas, y las guardan en las piernas traseras para fabricar miel; también recogen materia resinosa para cerrar las rendijas de la colmena, y que no entre repunta de luz si no es por un agujerito que les sirve de postigo. La cera, segréganla en órganos particulares que en el abdomen tienen, extrayendo el zumo de las plantas. Los panales se componen de celdillas prismáticas de seis lados; cada alvéolo tiene por entrada un exágono regular, y el fondo está compuesto de tres rombos, inclinados con tanta perfección, que la superficie alabeada sea un mínimo, para que haya la economía de cera mayor posible. Miran por la comodidad y simetría, disponiendo los alvéolos unos al lado de otros, de arte que, teniendo las bocas hacia afuera, se toquen las bases y sirva cada paredilla para dos celdas contiguas. Los panales cuelgan del techo de la colmena paralelamente y con huecos intermedios, que den paso libre á las abejas que labran la miel. Las obreras están destinadas á la fábrica de los alvéolos, y los fabrican con exactitud geométrica, de tabillitas de cera, todas de iguales dimensiones, fuera de algunos que los hacen mayores y cilíndricos para las larvas hembras. En las de arriba guardan la miel, que confeccionan de los suces

azucarados de las plantas, y las tapan luego con cera; en las de abajo crían las larvas con suma solícitud. Los zánganos, que tienen por oficio hacer fecunda la abeja maesa, cumplido el deber, mueren á mano de las obreras juntamente con las larvas machos.

Fecundísima la reina es; pondrá tal vez veinte mil huevecillos; antes de hacerlo, examina cuidadosamente las celdillas, escoltándola la turba de jornaleras, por cuya cuenta corre el cuidado de las larvas luego de nacidas, hasta que á los nueve días pasen á ninfas, y entonces cierran con cera el alvéolo, dejando que la abeja joven se abra de por sí la puerta después de la metamorfosis. La reina sabe de qué huevos han de nacer los zánganos, y los echa en celdillas mayores, y así las obreras les asistan con alimento más substancioso. Conocen también que la alimentación es parte en el crecimiento de las larvas; por eso les cuesta poco á las abejas, si se les muere ó pierde la maesa, constituirse reina por sus manos de una larva con más abundante pasto y en maestril separado. Es muy de admirar la vida común que hacen, y cómo se ayudan y juntan en torno de su reina y enjambran dondequiera cuando por desgracia se les malbarató su dulcísimo palacio, ó se traban batallas campales entre su reina y otra que intente usurparle el centro, ó si por otras causas aquel pueblo alado llega á tumultuar y á desbandarse en confusos pelotones, ó cuando viene á las manos un enjambre con otro que trató de invadir su morada: ¡con qué lealtad y denuedo acuden entonces todas á pelear al lado de su principal, aunque deban morir á manos del peligro! Tanto concierto, tanta industria, tantas maravillas serían increíbles, si no las hiciese ciertas la cotidiana observación.

La historia de las hormigas está también colmada de encanto. Las hay

estéres como las abejas, y son las que carecen de alas y tienen mayor la cabeza: están al pie de la obra, unas amontonando materiales, otras edificando, otras trayendo alimentos, otras cuidando larvas, y todas prontas á reparar luego el edificio que se les desmorone: las hembras fecundas y los machos viven jubilados, sin tomar ni dar en las faenas caseras; sólo entienden en la conservación de la especie. Los machos, fecundadas las hembras, mueren, así como las hembras madres pierden luego las alas, y son tratadas con particular regalo por las estéres. Los huevos de que han de nacer las hembras van en celdillas distintas de las otras. La solícitud impele á las obreras á coger pulgones y á beberles el licor dulce que tienen, guardándole en sus silos para mantener á las larvas. Lea quien quisiere los doce hermosos capítulos del P. Fr. Luis de Granada, que en la primera parte del *Símbolo de la fe* trata esta tan entretenida materia, y podrá el lector convencerse que no sólo no anda largo en la descripción de las habilidades de los animales, sino que se queda muy corto, según las experiencias que en esto han hecho los modernos, en particular Bonet, Huber, Latreille, Fabre, Dujardin, Van Benenden, por no citarlos á todos.

Á los animales hasta ahora mencionados se aventajan los parásitos en dar, no embargante su pequeñez, pruebas de particular instinto. Cada animal, cada planta, cada órgano y cada parte de organismo tiene sus parásitos, los cuales tan sin número son y tan bravos, que talan un campo como por vía de encantamiento, y crearán los labriegos ser cosa de brujería ó arte del mal espíritu. Mas ellos son los autores del estrago; ellos los que cumplen de una manera invisible, ciega y constante las inclinaciones de su instinto, siempre dirigido por la mano de la divina Providencia. Unos habitan dentro de

un órgano cerrado (corazón, cerebro); otros asientan su morada en órganos libres (pulmones, estómago, oídos, fosas nasales). Los parásitos no se reproducen dentro del animal; pírganse los huevos con los excrementos, y tornan luego al mismo órgano, envueltos en substancias alimenticias. Á las veces muchas familias cargan sobre un vegetal, acechando la oportunidad para meter en las flores sus óvulos, y crecen las larvas y se desarrollan con tanto brío, que ciegan la savia, derraman la ponzoña en el fruto y contaminan y traen á pérdida la substancia de todo el árbol. Porque un parásito tiene otros mil que le mueven guerra y hacen campo en la planta para satisfacer su apetito de venganza; y así unos saltean los gérmenes, otros taladran las hojas, otros se encruelecen con las membranas, otros se hartan de líquidos, otros corrompen la savia, y todos juntos pasan á sangre y fuego la floresta y cuanto en ella hay. Y son algunos tan fecundos y poseen tanta vitalidad, que toda industria es poca para exterminarlos; tal vez una gota de agua, una pinta de rocío, basta para sacar á luz infinitos, y roer y consumir y dejar yerma toda una región.

¿Quién será capaz de narrar todas las maravillas que caben en el instinto de los animales, cómo aciertan á poner los huevos allí donde mejor se críen, cómo sin experiencia ni previsión vencen tantos obstáculos que á su vida y multiplicación se oponen? ¿Qué más hicieran si estuvieran dotados de razón? Á los mismos hombres, que tantas habilidades consideramos, nos parece que sobrepujan toda admiración; y las tendríamos por increíbles si no supiéramos que aquella soberana Majestad que rige y gobierna esta máquina del mundo, en todos puso tan grande arte y destreza. Y dando entre tantas maravillas, ¿quién será el ingrato que no levante el cora-

zón al Dador de todo bien, y reconozca su bondad, y engrandezca su sabiduría, y acate su magnífico poder?

ARTÍCULO II.

Opiniones diversas sobre el instinto.—El instinto no es grado perfecto de inteligencia.—No nace de hábito adquirido.—Ni de representaciones innatas.—No tiene proporción con la sagacidad de la bestia.—No procede de herencia.—No consiste en las facultades sensitivas.

Los modernos autores que porfían en ataviar á los brutos con el don de la inteligencia, cuando quieren investigar la índole de los actos instintivos que acabamos de referir, se dividen en pareceres: y unos los admiten en el cómputo de puramente intelectivos, otros distinguiendo instinto y entendimiento, en el instinto ven la ignorancia, en el entendimiento la prudencia, y de ambas facultades juntas componen la causa de las industrias de los animales; otros reputan por instintivos las actos que revelan más tino y sagacidad; otros, en fin, muy casados con el progreso, los celebran por señales de perfectísimo ingenio. En una memoria elevada á la Real Academia de Ciencias de Bélgica, M. I. Delbœuf, en 1875, propuso una doctrina apastada de materialismo, dando sensibilidad á las plantas, entendimiento á los brutos, al hombre infinitos sentidos, y el colmo de la perfección intelectual colocándole en el instinto de los animales. «El más diestro obrero, dice, es el que hace su obra sin pensar en ella.» Como digno competidor de Darwin, y aprovechado discípulo de Huxley, este soñador, cuya presunción pasa á locura, ha tenido la osadía de calcular con fórmulas algebraicas las leyes de la sensibilidad.

Mas dejando en un rincón tales des-

¹ HENRY JOLY: *L'homme et l'animal*, 1877, p. 160.

² *Revue scientifique*, 1875, p. 98.

varios, y para luego la refutación de la inteligencia que en estas habilidades los autores arriba citados quieren descubrir, antes de discurrir sobre la naturaleza del instinto, salgamos al encuentro á otras explicaciones que del instinto se dan. Dicen que nace del hábito adquirido. No ser esto verdad lo publica la observación. ¿Cuántos animales, no bien acaban de nacer, obran con el mismo artificio que seguirán hasta que mueran? El castor que edifica su dique y choza, la ardilla que llena su despensa, el gorrión que hace su nido, la abeja que construye sus celdas matemáticas, la araña que caza con su finísima red, la hormiga que ahonda su silo, obran sin saber cómo ni por qué, por impulso irresistible, con altísima perfección sin haber sido adiestrados, á modo de ciencia infusa, ni se perfeccionan con la repetición de actos, ni los ejecutan con nuevo primor, antes de hacerlos poseen suma facilidad, la frecuencia no mejora ni altera sus obras, la memoria de lo hecho no les sirve para sacar piezas más primas; y así como el infante que apenas habla, por medio de ensayos y á tientas se enseña á mover los brazos y pies, y con su experiencia corrige el desorden de sus movimientos y adquiere facilidad y perfección; por el contrario, el animal, que nace enseñado y obra ciegamente, mira por sí con más acierto que cualquier niño, y atina con grandísima prontitud, y ejecuta movimientos y obras á que no alcanza el ingenio de los mejor educados. No se debe el instinto al hábito de obrar de una manera determinada.

Menos les viene á los animales de representaciones innatas transmitidas por generación. Porque no son las representaciones sensibles las que determinan el instinto; las sensaciones son las que despiertan la tendencia del instinto, y las sensaciones nada tienen que ver con las representaciones innatas.

El pájaro que compone su sonido por primera vez, nada sabe de los huevos que ha de poner. La representación viénele después de la sensación, así como la sensación sigue á la impresión exterior; pero la destreza y habilidad de los animales es perfecta desde que nacen: y cierto no reciben ningún impulso externo al nacer. Pues aunque algún impulso es necesario como condición y como estimulante, la disposición instintiva está ya enterañada en cada animal desde el seno materno, y cuanto la organización del sistema nervioso es más sencillo, más seguro y determinado es el instinto; y al revés, cuanto es más complicada la estructura del cerebro, es menor la determinación hereditaria del instinto.

Tampoco puede decirse que el instinto tenga proporción con el grado de sagacidad. ¿Hay bestia más despierta que el mono? Á su viveza debe el saber en pocos meses hacer toda suerte de juegos, á usar tenedor y cuchillo, vestirse, barrer, ir por agua, servir á la mesa; su excelente memoria, junto con la maña natural, es facultad que ayuda grandemente á su instinto de imitación. Con todo, el mismo Pouchet, en su libro sobre los *Insectos*, testifica, hablando de la fábrica de las hormigas, que «de los monos metidos en las cuerdas, ni un solo ejemplo se conoce que muestre el tino y acierto que es de ver en las hormigas trabajadoras, cuando acarrear los materiales en sus alfolies». ¿De dónde les nace, pues, á los monos, de suyo hechos para remedar, aquella gracia en el contrahacer los gestos y muecas, sino de la retentiva y fantasía con que aprenden y hacen lo que ven hacer? Porque antes de ser domesticados, sólo muestran talentos brutales. «Al mono, añade el alegado autor, la edad le hace más bestial é indómito: sus

facultades van dando sí, al parecer, y se avivan en el trato con el hombre.» Y el transformista Claus, en su *Tratado de Zoología*¹, dice: «Los monos, por su maligna condición y perversas inclinaciones, deben ser tenidos por los animales más brutos en la mala acepción de la palabra.» Todo esto lo confirma la observación de los viajeros que han estudiado de cerca las costumbres de los monos africanos; y testifican que no es en ellos el instinto tan perfecto como muchos naturalistas han querido suponer.

Otra exposición quieren introducir los modernos fisiólogos para satisfacer á las maravillas del instinto. Los actos instintivos, dicen, son actos reflejos algo más complicados que los ordinarios, la excitación que los provoca es difícil de alcanzar; pero cierto está que las sensaciones, emociones, apetitos, necesidades propias despiertan el ejercicio del instinto. El sitio local de los centros instintivos no está del todo definido; pero parece debe colocarse en las partes superiores del eje nervioso². Es probable que todos los actos instintivos fueron al principio voluntarios y discursivos, y que con el tiempo y la repetición se hicieron involuntarios; pero no hay duda que por herencia se transmite de padres á hijos la facultad del instinto. «Tales son las teorías que profesan, tal vez algo prematuras, Tayne, Luys, Onimus, Durand de Gros; á ellas parece dar Claudio Bernard peso con la autoridad de su nombre.» Así M. Joly. Otros de entonces acá siguen dando fama á la teoría de los reflejos, y en ella ven el dichoso talismán que resuelve todas las dificultades.

Para responder á esta teoría, más espacio y mejor propósito sería menester. Brevemente digamos que los

¹ P. 1523.

² *Revue scientifique*, 1868.

³ M. JOLY: *Revue scientifique*, 1876, p. 604.

¹ BROAD: *L'homme et les animaux*; las *siéges*.

² *Revue des Deux Mondes*, 1870, p. 660.

actos reflejos son propios y exclusivos de la facultad intelectual. Una facultad que vuelve sobre sí, y cuyo acto se tiene á sí mismo por objeto y por término, no puede ser orgánica: ha de ser espiritual. Conclusión es de santo Tomás: «Las potencias cognoscitivas que no son subsistentes no se conocen á sí propias, como es patente en cada sentido». La razón es porque el alma, en cuanto se difunde, como en el bruto por el órgano que informa, le ocupa todo y no subsiste en sí; y sólo el subsistir independiente de la materia da lugar á la reflexión y conciencia. Á la manera que la facultad sensitiva no es abstractiva ni capaz de contemplar la quiddidad universal, por estar empleada en la información de los órganos corpóreos, de esa manera el vivir atollada en las cualidades concretas le impide la concentración intencional. Sólo en sentido metafórico podría decirse que la sensibilidad es reflexiva; en cuanto quien reflexiona es el alma espiritual que la informa. Puede el movimiento de un filete nervioso correr á lo largo, y dando la vuelta mudarse en curvilíneo; pero eso no es volver sobre sí, ni reflejarse, ni entrar en reflexión; y si la vuelta fuese cognoscitiva, no sería reflexiva, porque la operación sigue al ser; y á la extensión de los filetes les repugna la reflexión psíquica. No se mueven de su lugar las fibras, ¿y dirán que se repliegan? Ni aun materialmente lo hacen, cuánto menos en lo intencional.

Pero las facultades sensitivas, replican, son inextensas é inmatrimales. Á eso responde ya santo Tomás en el lugar citado, que aunque sean simples están sumidas en la materialidad de los órganos; no como el entendimiento que traspaasa con su aicalada vista lo grosero de los cuerpos; ellas, empero, participando las condiciones

de lo extenso, son limitadísimas en sus dominios. La única reflexión que tienen los brutos, les viene de la imaginativa que les representa sensaciones tenidas ó apeticiones queridas; entonces conocen que ven ó recuerdan que han visto, ó sienten su propio cuerpo, ó las alteraciones y dolores de los órganos; mas ésta apenas merece el nombre de reflexión, porque la imaginación entonces aprende los actos de los otros sentidos, no los propios; y porque la facultad sensitiva existe en estas dos maneras, por eso dan lugar á una suerte de acto reflejo imperfectísimo. Cuando, pues, los fisiólogos á una voz engrandecen la teoría de los reflejos por aptísima para declarar los actos instintivos, otra cosa no hacen sino humillar las funciones sensitivas á la condición de fuerzas mecánicas y materializar los actos inmatrimales. Los brutos siempre viven como atolondrados y fuera de sí; nunca están en lo que hacen, ni en lo que apetecen, ni en lo que les pasa. Su vida es sueño, visión fantástica, somnambulismo, como decía Cuvier de las abejas. El bruto se representa las sensaciones pasadas, y aunque se sienten, pero se ignora á sí mismo y desconoce los afectos que le ocupan; es feliz á medias y á duras penas. Y esto baste para satisfacer á la teoría de los actos reflejos hereditarios del instinto.

Otros, finalmente, colocan el instinto de las bestias en las varias potencias de que están adornadas fuera de la de sentir, como sentido interno, fantasía, estimativa y memoria, de que antes hicimos mención. Porque el animal adquiere de muchas cosas noticia que no le traen los sentidos, alcanzándolas por medio de la estimativa, fantasía y sentido interno. Pues algunos modernos, no bien fundados en estos principios, dan al instinto tales

¹ 1.º p., q. xiv, a. 2 ad 1.

¹ Cap. xxxii, art. iii.

operaciones; debiendo ser muy al revés, porque estas facultades sirven más bien al instinto, y con su ministerio le hacen más vigoroso. Porque, como dice á este propósito el P. Tongiorgi: «La naturaleza no impele á los brutos á manera de máquinas, sino proporcionándose á su condición; muévelos á obrar, excitando en ellos el apetito; y el apetito se despierta con alguna aprensión, la aprensión es por lo común de cosa deleitable, dado que no todas veces. Luego alguna aprensión natural, ausente ó presente el objeto, los mueve á apetecer y á obrar, porque sin determinación de la naturaleza no pueden llegar á aprender las cosas, ya que carecen de discurso de razón: esta determinación natural á un acto es una facultad necesaria. Y así, por el hecho de afirmar que el instinto los mueve, debemos decir que les es natural la estimativa, y que en ella se arraiga el mismo instinto natural».

Notorios son los elogios de la hormiga pronunciados en los Proverbios, donde el Sabio remite el hombre á la consideración de la solercia de este animalillo, diciendo: *Vade ad formicam et considera vias ejus et disce sapientiam*. Á la verdad, la hormiga huelga con el color encarnado y vuelve las espaldas al morado, huele finisimamente, da con el camino por más que se la extravíe, tiene fantasía para aprender, reconoce con halagos las compañeras de su nido, muestra con ellas desvelos cuando las ve sufrir, cria pulgones para beber de ellos suco y cebar las larvas: en estos actos, muy claramente se ve resplandecer la estimativa de este animal. Pues á pesar de estar enriquecida la hormiga de tantas facultades, es muy de notar que la Escritura sagrada no le atribuye sabiduría ni prudencia, sien-

do tanta y tan grande la que marca sus obras: sólo manda al hombre que, consideradas las industrias, idas y venidas de la hormiga, aprenda en este dechado prudencia y sepa vivir apercebido y precaucionarse á la traza.

Porque no es prudencia el tiempo de obrar que ella tiene, sino mera necesidad que descubre la prudencia del que la gobierna. El instinto es una inclinación ciega y poderosísima, que, sin conocimiento suficiente y sin capacidad de atender á lo forzoso de la obra, impele por fuerza, supliendo la naturaleza con su impulso la imbecilidad de la potencia cognoscitiva. El instinto no presupone formalmente sensación, ni imaginativa, ni otra facultad que en el acto ejerza su poderío sobre el animal: sin embargo, todas las facultades, todos los órganos, moneos, fuerzas, tendencias, necesidades, están maravillosamente trabadas entre sí, y concurren con su virtud y ayudan al instinto de la especie.

No destruye lo dicho la autoridad de Aristóteles, cuando afirma que demás del sentido poseen los brutos memoria y un cierto grado de prudencia natural. Exponiendo el P. Suárez este lugar de la *Historia de los animales*, dice que Aristóteles entiende el conocimiento sensitivo suministrado por la presencia del objeto, ora ese conocimiento sea obra de los sentidos, ora de la imaginación, el cual es tan común á los brutos como la facultad de sentir, según el mismo Suárez; aunque la memoria no todos la participan, sino solamente los que pueden moverse sin embarazo. «Porque la memoria, prosigue, les fué dada para que puedan mudar de lugar, huyendo lo nocivo y buscando lo útil, según la experiencia que tienen. Empero los imperfectos, que sólo usan del tacto y del gusto, podemos asegurar que carecen de memoria.» La prudencia que les dió Aristóteles, dice el P. Suárez que ha

¹ Instit. philos., vol. iii, cap. iii.

de entenderse metafóricamente, porque donde falta discurso y juicio de las cosas es imposible haber prudencia; y aun esa metafórica la tienen sólo algunos que son astutos y diestros por cierto nativo ingenio que remeda á la razón humana. Y aunque dicha prudencia no se funda en la memoria por ser instintiva, va junto con ella en tales brutos, y aun la misma memoria sírveles de acrecentar su sagacidad y de hacerlos más cautos. Por lo que toca á la educación supuesta por Aristóteles, enseña el P. Suárez que debe tomarse en sentido impropio y metafórico, «porque llámense capaces de disciplina los brutos que se acostumbra á las señas, siendo llamados á juntarse en oyendo un sonido, á correr, á retozar, á meter bulla y cosas semejantes; pero estas cosas las hacen por solo instinto, presupuesta la memoria y la experiencia de un signo».

ARTÍCULO III.

El instinto no es inteligencia en los brutos.—Los brutos no juzgan.—No poseen lenguaje.—No gestulan ni se perfeccionan.—Fáltales la libertad.—En sólo Dios está el porqué del instinto animal.—Razones y autoridades.—Cómo explican el instinto animal algunos filósofos.



NALIZANDO las obras del instinto, autores hay que las creen hechas formalmente con conocimiento de fin y con comparación de medios, si bien imperfectamente, como los niños, los somnámbrulos, los imbeciles, etc. Otros opinan que sólo van hechas con conocimiento del fin, mas no con previa comparación de medios, y que así, llevados de su instinto, aplican medios sin saber que lo sean. El instinto natural es en este caso la determinación á buscar su bien y á evitar el mal sin juicios comparativos. Para mayor claridad, hemos de aca-

¹ *Metaphys.*, disp. 1, sect. vi.

bar de probar que carecen los brutos de la facultad de juzgar, como más arriba en parte declaramos. Y parece cierto que no la tienen, porque si la tuviesen, elegirían entre varios medios el más expeditivo al logro de su intento; y destituidos de juicio, no pueden comparar, la cual comparación es de necesidad para la recta elección. Si obraran con discurso, no siempre seguirían un proceder en su vida, y bien sabido es que la uniformidad es su distintivo, aun en los casos más imprevistos y en los lances más apretados: tal hacen hoy como hacían siglos ha. Ábranse los libros de Aristóteles¹ y de Plinio². Compárense con los libros de Buffon y de los naturalistas que más desvelos han gastado en el estudio de la zoología, y quedará el ánimo suspenso viendo cuánta firmeza y constancia han tenido en sus obras los animales por espacio de veinte siglos, sin haber sido poderosos á dar un paso en la vía del progreso artístico y material. Si porque hay orden y uniformidad en las obras de las bestias les concederemos talento y discurso de razón, será menester concedérselo también al sol, y planetas y estrellas, á las plantas y demás cosas corporales. Porque, ¿quién, si advirtiese las combinaciones químicas y los problemas de mecánica y la ejecución ordenada de las leyes naturales que se obran en un gabinete, en una máquina, en la atmósfera, no confesará que todas las cosas poseen una como razón é inteligencia, que es la suprema inteligencia del Criador, que las gobierna con sus incontrastables leyes? No basta, pues, la uniformidad y el orden que en los animales vemos para concederles la prerrogativa del entendimiento.

Si algunas obras salen del círculo

¹ Cap. xxxii, art. 1.

² *Hist. nat. al.*, lib. viii.

³ *Hist. Animal.*, lib. ii.

de esa uniformidad, se explican bien por la excitación de su fantasía ó por impresiones que les vienen de fuera. Cierto; si obrasen por lumbré de razón, vendrían á ejecutar obras más delicadas que los hombres más ingeniosos; ¿cuándo éstos acertaron á labrar un panal de miel como le sacan de su colmena las abejas? Obran ellas artificios perfectísimos, mas no con perfección subjetiva. Porque la medida de la perfección subjetiva son las obras que piden discurso; ¿qué obra es señal de que discurren y comparan? El lenguaje no les es propio. ¿Quién duda que se comunican las sensaciones, y que tienen su manera de expresar las pasiones y disposiciones internas? Las abejas, las hormigas, las palomas, por no subir á los mayores, con signos, voces, arrullos, se dan participación mutua de sus percepciones sensibles y apetitos animales. Mas, ¿cuándo hicieron alarde de un solo juicio razonablemente hecho?

El docto Quatrefages, con ser tan comedido en sus sentencias, dió en conceder á los brutos lenguaje rudimentario y formado de interjecciones: pequeño fuera este inconveniente, si no hubiese querido el sabio antropólogo derivar el habla animal de una facultad intelectiva, semejante á la nuestra, aunque de grado menos perfecto. Confunde Quatrefages lastimosamente el órgano y los gestos con la intención y facultad de juzgar. El órgano de la voz, los sonidos y la manera de producirlos podrán ser iguales en el hombre y en el animal, como veremos más adelante, pero cuando el hombre articula palabras, lleva el intento de comunicar sus conceptos. «Los animales, dice santo Tomás, ya que algo manifiestan, no lo hacen con esa intención».

¹ P. PODGRAN: *Amusements philos. sur le lang. des bêtes.*

² *L'espèce humaine*, t. 1, chap. 1.

³ II II.^o, q. cx, a. 1.

Sus ademanes, meneos, voces, correñas, trampas, ardidés, van enderezados á la propia conservación, al ejercicio de sus facultades, al bien del individuo ó de la especie, no á hacer á otros participantes de sus internas disposiciones. Deléitanse entre sí las hormigas, comunicanse las abejas, hácese señas en su manera, solázanse en común los castores, júntanse á retozar los potros, dan los gozquejos muestras de gran contento saltando y triscando de placer; mas estas demostraciones no salen de la esfera sensitiva, se limitan á satisfacer una necesidad, una pasión, una inclinación natural.

Además, á un ser dotado de razón no había de serle cuesta arriba, no digo ya inventar un idioma, pero aprender siquiera el que le enseñasen, y gozar del trato de otros seres, como nosotros, dotados de razón. Mas porque esta empresa pide conocimiento de relaciones y ejercicio de raciocinio, según que más adelante se dirá, por mucho que el hombre se esfuerce no saldrá con el empeño de adiestrar á un bruto á la lengua del país. ¿Qué digo lengua? Ni aun la verdadera mímica, la expresión mediante el gesto, está al alcance del animal mejor dispuesto. Contrahacer sabrá, mover los miembros, excitar la risa con sus desgarradas contorsiones; pero expresar por sí mismo, hablar con el gesto, remedar la expresión humana, ni lo puede ni lo entiende. El hombre, favorecido de inventiva, cuando se halla faltar de palabras, acude presto á las manos, y si la mímica no le basta, con gestos y meneos de cuerpo demuestra suficientemente la substancia de sus pensamientos y cuánto se recrea con la presencia de sus semejantes: el uso del gesto, que es el lenguaje más natural que el hombre posee, y que emplea sin haberle aprendido, testimonia ciertamente estar enriquecido de facultades

intelectuales; y, por el contrario, el ser los brutos mal agestados, prueba que están faltos de entendimiento para tratar y comunicarse con los demás.

Á la misma conclusión conducen las obras de los animales llenas de artificio y de ingenio. De dos fuentes provienen las hazañas que los hombres ejecutan. Primeramente de las facultades superiores, con que inventan, trazan y toman á pechos las empresas; después de los medios con que miden la dificultad de las proezas con la grandeza de los designios: con estas dos alas vuelan los hombres de hazaña en hazaña, y adelantan á pasos largos de siglo en siglo en la perfección de sus obras. Los animales, empero, aunque con la delicadeza de sus miembros ejecutan maravillosos movimientos, faltándoles facultades que rijan la maniobra, á pesar de poseer facultades orgánicas, motrices y sensitivas, por más perfectas que las spongamos, paran luego, y quédanse reducidos á muy cortos límites; ni la monotonía los deja medrar, ni el ejercicio aguza sus ingenios, ni la repetición de actos los alienta á otras maravillas. La estudiosidad, el apetito de saber, la curiosidad de inventar, el afán de escudriñar, que tanto pueden con el hombre, son aguijones sin virtud para despertar en los brutos el deseo de fabricar altos proyectos y para estimularlos á mirar con más acierto por su propio bienestar. Da de esto el P. Losada una muy buena razón, que tocamos arriba ¹, y es, dice, «porque no perciben los brutos objetos espirituales, ni aun los materiales en abstracto, pues ningún animal ha sido capaz de aprender geometría; porque tocante á los objetos sensibles, dado que formen algún juicio impropio y virtual, que consiste en cierta aprehensión capaz de mover y determinar su apetito, no juzgan propiamente, com-

parando el sujeto con el predicado, y fallando sobre la distinción ó identidad de entrambos. Para eso es menester alguna noción de identidad y distinción y de ser en común; y esa noción, siendo abstracta, sobrepuja de mucho el conocimiento material de los brutos ².

De donde viene que los brutos que pertenecen á una especie, han tenido siempre la misma manera de proceder en todas sus cosas, á no ser que alguna causa externa haya atajado y desconcertado sus maniobras; y esta constante inclinación demuestra lo limitado y rastro de sus conocimientos. El castor que edifica sus chozuelas, orilla de los ríos, con aquella destreza que queda referida, en algunos puntos de Europa se contenta con abrir en la ribera un agujero donde esconderse y esquivar la vista del hombre. Á las abejas de Europa llevadas á las Antillas se les gasta y desfallece aquel afán de hacer panales: y así de otros brutos. Mas este poder que se les quita para obrar, no es mudanza de instinto ni alteración de inclinaciones; es sólo impedimento que ponen las circunstancias locales á sus instintivas manifestaciones; y si queremos llamarlo modificación del instinto, no es en verdad progreso, ni perfección en las obras instintivas, ni enderezamiento que las lleve de bien en mejor; es únicamente satisfacción forzosa de los naturales apetitos. «El hombre, dice Suárez, por medio del ratiocinio, distinta y claramente conoce que un objeto es bueno ó malo, y la razón de bondad ó malicia; el ángel alcanza la misma razón con una simplísima intención, y así tiene más perfecto conocimiento; el bruto, empero, con un simple acto conoce confusamente lo bueno ó malo, rastreando solamente su razón material, por donde su conocimiento es mucho

¹ Cap. xxxiii.² Curs. phil., p. iii; Animast., c. iv.

más imperfecto que el del hombre y el del ángel.» Según esto, toda la sagacidad, discreción y prudencia que parece en los animales hay que referirla al Autor de la naturaleza, que los dotó de tales inclinaciones, y, por cuya virtud, en el momento, súbitamente, sin discurso, como por intuición, conocen y apetecen su bien natural, aunque no puedan caer en la cuenta ni penetrar el por qué de sus hechos.

Si en un lance parecen superiores al hombre, en otros mil le son infinitamente inferiores. Si una abeja hace riquísimos panales y labra admirables alvéolos, nunca supo ni intentó tejer una telaraña, que parece más fácil; ni una hormiga acertó á edificar otra suerte de silos que los suyos: prueba que no aplican reglas artísticas, ni siguen más ley que la propia comodidad en la conservación y propagación de la especie. Pues luego absurdo es comparar al hombre con los animales y sublimar su perspicacia y capacidad, porque la industria, discurso y entendimiento del niño de siete años raya sin comparación más alto que el ingenio de los brutos más aventajados. Por lo cual repetimos con el P. Nieremberg: «No es Dios menos admirable en un mosquito que en la fábrica del sol y todo el cielo. El ingenio y astucia de los mismos animales, que hacen obras de razón sin tenerla, que hacen obras artificiales sin arte y sin disciplina, muestra con evidencia que hay una razón y poder oculto, y una mano escondida que secretamente los gobierna ³.

Mas no sólo carece el animal de discurso, sino también de libertad. Los sentidos externos, los internos, la imaginación, la memoria, la estimativa, sus facultades que concurren provechosamente al ejercicio de sus actos instintivos; por su medio llevan á cabo

maravillas puestas fuera de la órbita de la sensibilidad. Es irresistible la pujanza que tienen de sí estas potencias para incitar al animal á hacer de esta y no de otra manera. «De cuya invencible fuerza, dice el P. Cornoldi, procede la constante uniformidad de su obra. Han recibido de otro la manera de obrar, y por eso es siempre la misma: el hombre la tiene de suyo, y por eso siempre varía ⁴.

De aquí se sigue el carecer el animal de libre albedrío, por cuanto no es dueño de elegir y de disponer de sus propias operaciones, ni las tiene de suyo, ni las ha adquirido, ni puede repudiarlas, ni ver en ellas razón de bien universal; siéntese poderosamente arrastrado á obrar con ellas el bien particular que su individua condición reclama. No echemos, pues, á elección libre la astucia, que es extremada en algunos brutos. Viéneles, ó de la enseñanza que del hombre reciben con tanta repetición de actos, ó de su inclinación á remedar acciones humanas, ó de las continuas impresiones que los objetos materiales en ellos hacen: á la manera que el hombre es movedido y liviano por veleidad propia; así lo parece también el animal, que no está en un ser y es impelido á variar su estado por los objetos que le rodean; pero en cesando éstos de imprimirle, cesa el efecto, bórrase la primera sensación, entra una segunda en su lugar, el animal parece otro, tan otro, que con sólo ofrecerle un objeto nuevo que solicite su apetito, será fácil atajar al ímpetu de sus inclinaciones, y la que fué considerada sagacidad y prudencia se tornará torpeza, brutalidad, insensatez, inclinación raquera y tosca.

Explicanos bellísimamente santo Tomás la razón de esto, diciendo así: «Á la manera que dijo el filósofo en el

³ De Animis, l. ii, c. vi.⁴ Occulta philosophia, lib. ii, cap. lvi.⁵ Lex. filos. scol., lez. lvi.

3.º De los Físicos: El movimiento es acto del móvil que proviene del motor, y por eso la virtud del motor parece en el movimiento del móvil; no de otra manera en todos los que se mueven por razón vese orden procedente de la misma razón: pero las cosas que no son movidas por la razón, no la poseen en sí mismas. La saeta vuela derecha al blanco disparada del arquero, cual si en ella hubiera razón que la dirigiese. Lo mismo vemos en los movimientos del reloj y en todas las máquinas fabricadas por arte humano. Esta es la razón por qué se manifiesta tanto orden en las obras de los que se mueven según naturaleza, como en los que se mueven por arte, como dice Aristóteles en sus *Físicos*. De lo cual resulta la capacidad en el obrar de ciertos animales. Obran así, porque tienen natural inclinación á una serie de obras llenas de orden, por gobernarlos en ellas el arte divino. Por este motivo algunos llámase prudentes y sagaces, no porque estén dotados de discurso y facultad de elegir, lo cual se ve claro, pues todos obran naturalmente de un modo determinado y particular «.»

Ni basta discurrir que á Dios le era fácil fraguar máquinas que se moviesen con tanta destreza como se mueven los brutos. Porque, aun dadas tales máquinas, ¿cómo engendrarían y parirían máquinas parecidas? ¿Cómo tendríamos seres que recuerdan, acometen, toman venganza, dan señales de placer, de temor, de tristeza, de sumisión, que conocen y van en pos de su bienestar sensible, y que huyen y alejan de sí el mal contrario á su condición? Si, pues, á Dios hacemos autor de tan ingeniosas máquinas, ¿no será más razonable y digno de su bondadosa providencia admitir que la libertad y razón que parece en las bes-

tias, Dios es quien la posee, y que con su concurso y ordenación hacen perfecta y necesariamente las cosas que parecen voluntarias y deliberadas?

Muy atinadamente, para probar nuestro inmortal Quevedo la existencia de Dios en el tratado de su *Providencia*, dice estas admirables palabras: «Otras criaturas hay, que, excediendo apenas á los átomos, contentas con ser algo y dejar de ser nada, hizo el Hacedor capaces de vida, instinto, movimiento en cuerpos que con la pequeñez burlan las atenciones de la vista: los mosquitos, que sin poderles hallar la boca y sin saberles descubrir el pulmón, tocan instrumento sonoro y ejecutan heridas; la polilla, que roe sin dientes, y muerde sin quijadas, y digiere sin estómago; las pulgas, de quien se sabe, más porque se sienten que porque se ven, que tienen la defensa en lo imperceptible, que ven en lo obscuro y apenas son visibles en lo claro. ¿Quién hizo labradoras á las hormigas y tan pródigo aquel pueblo negro y menudo? ¿Quién en tan pequeño jornalero como la abeja cerró ingenio geométrico? Dirás que todo eso da la naturaleza; y si ésta lo recibió de otro, daremos proceso infinito, y éste ninguno le concedió. Si á la naturaleza llamas principio de todo sin principio, necesariamente confiesas que hay un Dios. Pónesle nombres, mas no le niegas; llámase como quieres, no como debes.» Con estas palabras refería á Dios el instinto de los brutos este erudito ingenio; y respondiendo á los que los dotan de entendimiento, decía con agudeza: «Pues quien se juzga no diferente de las fieras en el alma, no tendrá asco ni horror de trocarse con ellas «.»

Esta misma razón da el venerable P. Fr. Luis de Granada en su *Simbolo de la fe*, donde dice así: «Quien consi-

1 *Providencia de Dios.*

2 Parte I, cap. xi.

1 *Id.*, q. xiii, a. 2.

derare que en todos los animales suple Dios la falta que tienen de razón con su providencia, obrando en ellos, por medio de las inclinaciones naturales que les dió, lo que ellos obraran si la tuvieran perfecta, no le será increíble lo que en esta materia se dijere. Porque el que por sola su voluntad y bondad los crió, y quiso que permaneciesen en el ser que les dió, estaba claro (pues sus obras son tan perfectas) que les habia de dar todo lo que les era necesario para su conservación, obrando él en ellos lo que para esto les convenia, y así dice santo Tomás¹ que todos estos animales son instrumentos de Dios, el cual, como primera y principal causa, los mueve á todo lo que les conviene, mediante aquellas inclinaciones é instintos naturales que les dió cuando los crió.... con las cuales inclinaciones hagan todo lo que hicieran si tuvieran razón, no sólo tan perfectamente como los hombres, sino muy más perfectamente. Porque más ciertos son ellos, y más infalibles, y más regulares, y más constantes en las obras que pertenecen á su conservación que los hombres en las suyas. Y aun pasan más adelante de ellos.... Pues en esto manifestó el Criador la grandeza de su poder y de su sabiduría y providencia.» Y más abajo dice el mismo sabio escritor, hablando de las hormigas² y respondiendo á la duda del filósofo Cleantes sobre si tienen ó no razón y entendimiento: «Á la verdad, entendimiento tienen, no suyo, sino de aquella soberana providencia que en ninguna cosa falta y en ninguna yerra, y en todas es admirable, como lo es en sí misma.» Esto dice este preclaro escritor en la celebradísima obra donde larga y discretamente describe las habilidades, inclinaciones y ejercicios de los animales y de los más menudos insectos.

Examinadas con atenta consideración las obras de los animales, y visto con cuánta perfección sacan la primera vez un artefacto que el hombre, tras largos años de experiencia, apenas podría imitar; por otra parte, considerando que ni saben mudar de estilo, ni aciertan á corregir las cosas mal hechas por otros, ni á remedar el ingenio de los seres más imperfectos, ocurre preguntar: ¿quién les infundió, pues, una tan extraña inclinación? ¿Quién la sustentó? ¿Acaso Dios les imprimió en la estimativa la manera artificiosa de obrar que cada especie animal habia de tener? ¿Es por dicha Dios el inmediato motor de sus órganos? Algunos autores, pareciéndoles demasada la inteligencia que se esconde en las habilidades de los animales para suponer en ellos alguna, han acudido á una mente infalible y suma que obrase en ellos, dirigiendo sus obras y sirviéndose del instinto como de instrumento para llevar á cabo fábricas y acciones tan portentosas. Esta sentencia tiene el inconveniente de atar al supremo Ordenador á cada caso particular y á tenerle ocupado de continuo en sugerir el medio apto para lograr el fin; ¿cómo se compone con esto el que los animales tantas veces se engañan en sus manifestaciones instintivas y muestren una capacidad limitadísima?³

Para templar esta dificultad, otros explican el instinto de la manera siguiente. Los hombres, repitiendo y reiterando los actos, al principio dicultosos, logran contraer hábitos y una facilidad en el obrar, que casi sin sentir ni pensar en ello ejecutan perfectamente lo que antes parecia impracticable. Si Dios nos infundiese los hábitos naturales á la manera que nos infunde los sobrenaturales de la gracia, no cabe duda sino que produciríamos

1 *L. II, q. I, a. 2.*

2 *Ibid.*, cap. xviii, § 1.º

3 Wundt: *Élém. de psychol. physiologique*, 1886, p. 384, t. II.

actos iguales y por igual estilo que si fueran los hábitos adquiridos. Supongamos, pues, también que Dios, sapientísimo Ordenador y Presidente del universo, adorna la naturaleza bestial de hábitos convenientes, y los ingiere en sus almas, y los lanza de manera en la rudeza de los órganos, que rompan en actos proporcionados con facilidad y deleite: en este caso, sólo faltaría un estímulo que despertase el hábito y activase su determinación; para eso ayuda y sirve el conocimiento sensible que el objeto exterior imprime en los animales: conocimiento, que atizado por el apetito de la conservación, excita y aviva el hábito infuso y determina maneras tan excelentes de obrar, que dejan atónitos y espantados á todos los hombres. Si alguno prefriere suponer que los brutos toman noticia de lo que han de hacer, y quiere concederles idea sensible anticipada de las mismas cosas que hacen, sugerida por vía de hábito infuso, no es inconveniente, con tal que declare no ser experimental la dicha aprensión sino innata; concreta y material, no abstracta y universal. Sea como fuere, al Autor y Gobernador de todo hemos de recurrir para explicar el origen de los hábitos que constituyen el instinto.

El día quinto, al anunciar la fundación del reino animal en común, celebra en particular el apogeo de los anfíbios y de las aves en la era mesozoica hasta principios de la cenozoica. Los animales, seres los más misteriosos de toda la creación, que han dado tanto en que entender á los sabios, cuya naturaleza es un abismo sin suelo, nacen á la voz de Dios en el seno de las aguas; la vida sensitiva, más excelente que la vegetativa, se apodera de mares y riberas. Tiene comunes

1 P. DOM. PALMIER: *Anthropol.*, cap. II, thes. IV.

con la vegetativa muchas funciones; en las principales le lleva infinitas ventajas. Los animales sienten exterior é interiormente; están dotados de fantasía, de estimativa, de memoria sensitiva; poseen conocimiento y apetito de cosas puramente materiales. Al paso que la vida sensitiva los hace más excelentes que las plantas, los declara inferiores al hombre la falta de inteligencia. Un principio los anima, mortal, pero no material; activo, pero caduco; perceptivo y apetitivo, pero no racional ni libre. Dios es quien dirige la manera de obrar de los animales, dándoles fuerza que los sostenga, constancia que los conserve, avivando con secreta virtud sus facultades, reduciendo todo el reino á perfectísima unidad. No hace Dios dejación de esta clase de hechuras: ¿qué harían sin el concurso divino? Dios protege, defiende, alienta, gobierna y dirige el mundo de los animales; y si no se movió hoja de árbol en el transcurso de los siglos sin el beneplácito divino, ¿cómo había de perecer un insecto sin su soberana disposición? Aquí se muestra Criador dando ser á las primeras almas de cada especie, bienhechor enriqueciendo los cuerpos de tanta hermosura de miembros, supremo Ordenador mandando que cada especie salga á luz en oportuna sazón, vivificador dando virtud á cada individuo para desarrollarse y crecer, inteligencia infinita, infundiendo hábitos instintivos en cada especie, providencia amabilísima llenando á todo animal de su larga bendición. Así la jerarquía sube de punto y se encumbra, el mundo granjea incomparable hermosura, la vida se explaya en variedad de formas nuevas, y se prepara el desenlace final del drama divino con el apareamiento del hombre.

DÍA SEXTO.

ERA MODERNA